



SICCO MANSHOLT

EL CAMINO DE LA FELICIDAD

Para millones de europeos ha sido la encarnación de la tecnocracia, un hombre de cifras y porcentajes, el padre de la Europa verde, más preocupado por el rendimiento que por los problemas humanos. Después, este antiguo ministro de Agricultura de los Países Bajos, convertido en presidente de la Comisión del Mercado Común en Bruselas, tuvo su gran revelación. A los sesenta y tres años, en julio de 1971, Sicco Mansholt —el hombre del plan «inhumano» de la reorganización de la agricultura europea— llegó a descubrir la «verdad» en un informe universitario del M. I. T.

«De pronto comprendí que lo que había que cambiar radicalmente era el conjunto de nuestro sistema», le ha declarado a Josette Alia; la Europa «humana», la del «crecimiento cero», deberá abolir el concepto de producto nacional bruto para promover la de la felicidad nacional bruta. Esta entrevista concedida a Josette Alia prueba que se trata de la más realista de las posturas: hay que comprenderla o prepararse a morir...

¿Cómo es que usted, el hombre de la Europa verde, el paladín de la productividad tecnocrática, del rendimiento a cualquier precio, se ha erigido de la noche a la mañana en defensor del equilibrio natural y de la calidad de la vida? ¿Este cambio es, acaso, consecuencia de una súbita revelación, o representa, por el contrario, la culminación de todo un proceso, una decisión largamente madurada?

SICCO MANSHOLT.—Ambas cosas a la vez. Yo he estado convencido desde siempre de la necesidad de conservar el equilibrio de la Naturaleza. Y ello, por una razón bien simple: no soy un hombre de ciudad, toda la vida la he pasado en el campo. Soy agricultor, y mi padre, mi abuelo y todos mis antepasados eran granjeros. Naturalmente que hube de dejar mi explotación agrícola al ingresar en la vida pública, no se puede formar parte de esta comisión y tener al mismo tiempo intereses agrícolas: los Estatutos lo prohíben.

«Pero, en fin, no se me puede negar un profundo conocimiento de la tierra. Y sé por experiencia que ésta se agota rápidamente o, más bien, que la agotan de una manera totalmente insensata: cuando era agricultor utilizaba, como todo el mundo, insecticidas, pesticidas, productos químicos, abonos de todo tipo. ¡Qué remedio! Todos los agricultores saben hasta qué punto son nefastos estos productos: si usted quiere suicidarse ingiriendo arsénico, no vaya a una farmacia, pues no se lo venderán. Diríjase, por el contrario, a una cooperativa agrícola, allí podrá comprar hasta kilos de ese veneno, lo suficiente para acabar con todos los habitantes de un pueblo. Pues bien, eso es lo que se está utilizando normalmente en la agricultura. Otro producto: el mercurio, por ejemplo. El mercurio es tan mortífero, que acaba con todo bicho viviente: insectos, pájaros... Ahora bien, entonces surgen por mutación otros insectos más resistentes que exigen el empleo de dosis cada vez mayores de pesticidas. Actualmente se han llegado a las trescientas mil toneladas anuales de pesticidas y venenos, cifra que ha de elevarse inexorablemente. ¿Qué agricultor podría ignorar esta realidad? Yo siempre fui consciente de este grave peligro. Hablé de él por vez primera en Londres, hace ya cuatro años, en un discurso que pronuncié con ocasión del sesenta aniversario de la Shell. Ahora bien, por aquel entonces yo pensaba que era posible re-

solver el problema de la desnutrición a base de medidas, digamos marginales, de adaptación. Pero la lectura del informe del System Dynamic Group, del Massachusetts Institute of Technology, me causó entonces un fuerte impacto.

«Se trata de un estudio muy serio llevado a cabo en mil novecientos setenta y uno. El estudio en cuestión no revela nada que no supiésemos ya, pero las conclusiones están presentadas de tal modo, que revelan inmediatamente, todas las consecuencias, ineludibles consecuencias, de nuestra alocada política de expansión (cuando digo «nuestra» política no me refiero única y exclusivamente a la europea, sino a la que vienen llevando a cabo todos los países desde el inicio de la era Industrial). El informe ha constituido para mí una terrible revelación. De repente comprendí que era imposible andar con parches, que era necesario revisar todo el sistema, cambiar radicalmente su filosofía.

—¿Hasta qué punto?

S. M.—Sí. Las curvas trazadas por los ordenadores son clarísimas: el aumento de la población, el agotamiento de los recursos naturales, la penuria de alimentos, el agravamiento de la contaminación, el derrumbamiento de la producción industrial privada de energía y de materias primas, todo ello conduce al desastre.

—Y se puede fijar incluso una fecha...

S. M.—La gran crisis debería comenzar hacia finales de siglo: mil novecientos ochenta y cinco-mil novecientos noventa —¡no está tan lejos esa fecha!—, para llegar a su culminación hacia el año dos mil veinte, si no se toman las medidas oportunas. Sus primeras víctimas serán las regiones subdesarrolladas, antes que Europa, en donde el crecimiento demográfico es menos rápido que en otras partes, pero finalmente el mundo entero sucumbirá a la catástrofe.

—Esta perspectiva es la que le ha llevado a erigirse en paladín de una Europa «ecológica»...

S. M.—Todos —por lo menos los sabios y determinados economistas— evocaban la posibilidad de un desastre. Pero por vez primera, y gracias al informe del Massachusetts Institute of Technology, tenemos pruebas fehacientes: se han establecido los límites precisos de nuestra política de crecimiento «salvaje». Ahora sabemos con exactitud cuándo se agotará la energía disponible, cuándo se interrumpirá la producción agrícola,

cuándo empezarán a faltar las materias primas, cuándo alcanzará un nivel verdaderamente crítico la contaminación. La combinación de todos estos elementos ha permitido a los ordenadores sacar sus reveladoras conclusiones. Pero, a decir verdad, no hacia falta siquiera recurrir a los ordenadores: hace varias semanas, un economista holandés llegó a la misma conclusión en una sola tarde, sin ordenador, mediante un simple cálculo algebraico. Todo ello es tan evidente, que no entiendo cómo los Gobiernos no se muestran más preocupados. Yo estoy convencido de que debemos modificar total y rápidamente no sólo nuestra política, sino también nuestro comportamiento.

—¿Hay, según usted, un orden de prioridad? ¿Cuáles serían las medidas más urgentes?

S. M.—Es urgente preocuparse de la conservación —y en algunos casos del restablecimiento— del equilibrio natural entre el agua, el aire, la tierra, las plantas... ¡No se destruye impunemente lo que es nada menos que el resultado de un desarrollo armónico de trescientos millones de años!

—¿Cómo se imagina usted una Europa «humana», inserta en un marco de equilibrio natural? ¿Qué sería preciso cambiar? ¿Cómo sería esa Europa?

S. M.—No se puede hablar únicamente de Europa, pues Europa no es más que una isla, una pequeña parte del mundo. ¿Cuáles son sus límites? ¿La frontera con la República Democrática Alemana? Desde aquí, desde Bruselas, hasta esa frontera hay menos de veinticuatro horas de viaje en automóvil... Es preciso extender el problema al mundo entero. ¡Es imposible fraccionar! Fijémonos, por ejemplo, en el crecimiento demográfico, que es determinante: hay en el mundo actualmente unos tres mil setecientos millones de hombres. Dentro de treinta años, la población será de siete mil millones, por lo menos, ya que el cuarenta y cinco por ciento de la población mundial tiene actualmente menos de quince años. ¿Será soportable un crecimiento semejante? En mi opinión, la situación es ya insostenible en ciertas partes del mundo: en la India, en Oriente Medio, en Sudamérica, en todas aquellas regiones donde reina una horrible pobreza. La prueba de todo ello la tenemos en las cifras de mortalidad actuales: cada año se registran unos cuarenta millones de muertes imputables a la desnutrición o, simplemente, al hambre, en los países subdesarrollados.

•He hecho un cálculo muy sencillo: si pretendiésemos que toda



la población del Globo disfrutase de un nivel de vida comparable al que tenemos en Occidente, ¿sabe usted cuál debería ser la cifra tope de esa población? Mil millones de individuos, cifra de la que incluso hoy estamos ya bastante alejados con nuestros tres mil quinientos millones. ¿Qué ocurrirá entonces dentro de treinta años, cuando la población se haya duplicado? Por eso, el decir: «No somos nosotros los que crecemos demasiado rápidamente, son los otros», es adoptar una postura a la vez egoísta e irreal. Esta es más o menos la actitud del Gobierno francés, una postura demasiado fácil. Al margen de todo argumento de solidaridad, puede replicarse sencillamente que cada occidental utiliza aproximadamente veinticinco veces más energía y materias primas que los habitantes de los países pobres. ¿No se halla compensada en gran medida la diferencia de crecimiento demográfico por ese desigual consumo de los recursos mundiales? Para ser consecuente consigo mismo, si un país se niega a disminuir o estabilizar su población —puesto que, en su opinión, son otros, más habitados, quienes deben hacerlo—, ese país deberá al menos, como contrapartida, avenirse a reducir el propio consumo para situarlo al nivel de esos «otros» países. Ahora bien, ocurre todo lo contrario: que los países ricos aspiran a un crecimiento continuo...

—Así que es usted partidario de una disminución del ritmo de crecimiento. Hay quien ha dicho incluso que usted preconizaba un «crecimiento cero»...

S. M.—He sido objeto de frecuentes malentendidos a este respecto. En realidad, los políticos que me han atacado no creo que hayan leído el informe del Massachusetts Institute of Technology. Esos políticos no son capaces de concebir una forma de sociedad distinta de la que conocemos actualmente, una sociedad basada en un desarrollo, en un crecimiento continuo. Pero el problema ya no es ese. El problema consiste en saber si, dados los límites que se nos imponen a largo plazo en relación con la producción de energía, de alimentos, de hierro, zinc, cobre, agua, etcétera, es posible mantener nuestro índice de crecimiento actual sin modificar sustancialmente nuestra sociedad. Si estudiamos con lucidez el problema, nos veremos obligados a contestar que no. Es decir, que incluso un «crecimiento cero» sería insuficiente, sería preciso un crecimiento por debajo de ese nivel. En una palabra: hay que reducir nuestro crecimiento económico, nuestro crecimiento puramente material, para sustituirlo por otro tipo de

EL CAMINO DE LA FELICIDAD

crecimiento; el de la cultura, de la felicidad, del bienestar.

—En su opinión, esos dos tipos de crecimiento, el económico y el de la felicidad, no están, pues, mutuamente ligados...

S. M.—¡No y mil veces no! Hay en nuestras sociedades montones de cosas de las que podemos prescindir, de las que nos veremos obligados a prescindir, de todos modos: no vale la pena tener tantos coches, fabricar tantos chismes inútiles, crear tantas modas... Así se despilfarra continuamente un material limitado y, por lo tanto, precioso. Habrá que simplificar la vida, reducir el consumo. Es totalmente necesario.

«Sé que todo esto que digo va a escandalizar. Pero estoy esperando aún a que quienes no están de acuerdo conmigo me expliquen qué otra solución hay. Sabemos que dentro de veinte años se habrán agotado los principales yacimientos de petróleo, que dentro de treinta años ya no quedará prácticamente ningún petróleo (algunos países, tales como Kuwait, están reduciendo ya su producción para que las existencias de sus pozos duren más de veinte años). Los propios americanos, en previsión de lo que se avecina, proyectan reinyectar en sus pozos vacíos de Tejas petróleo importado del Oriente Medio, operación muy costosa, pues saben que la demanda de petróleo será en los veinte próximos años aproximadamente el doble de las reservas acumuladas. Incluso en el caso de que las reservas mundiales fuesen el doble de las que prevén los más optimistas, tan sólo se conseguiría retrasar en veinte años la fecha crítica. ¡Y a pesar de todo seguimos consumiendo esa preciosa energía del subsuelo para calentarnos, para alimentar automóviles superabundantes e inútiles!

«En verdad, la mayoría de nuestros supuestos «progresos» técnicos nos conducen inexorablemente al desastre, a un callejón sin salida. Incluso los países que se creen más fuertes, que piensan poder monopolizar todos los recursos existentes para su supervivencia y comodidad, incluso esos mismos países están abocados a la catástrofe. Incluso puede ser que ésta sea para ellos más brutal que para los demás...

«Nuestra sociedad futura no puede hacerse a la imagen de la actual; tiene que ser una sociedad en la que haya menos autos, casas más sencillas, menos medios de transporte, y en la que no existan ni «Jumbo-Jets» ni otros aviones supersónicos. El «Concorde», por ejemplo, es una locura. Todo el mundo lo sabe. No puede sobrevolar determinados países, Holan-

da y los Estados Unidos en particular. ¿Por qué? Porque contamina demasiado. Porque despilfarra energía. El «Concorde» no es el futuro, es el pasado.

—Usted nos ha descrito esa sociedad futura. Pero, ¿tiene algún plan, medidas concretas que proponer para su advenimiento?

S. M.—Sí, claro está. Ya hice una serie de propuestas en mi carta a Malfatti, carta que estaba destinada a unos colegas y no a ser publicada. De haber sabido que sería publicada, la hubiese escrito con mayor precisión, con más detalles. En realidad me limité a lanzar una especie de programa de estudio... No obstante, hemos conseguido extraer conclusiones políticas auténticas y concretas en un informe, aún inédito, elaborado en los Países Bajos entre los representantes de tres partidos políticos de izquierda, diversos sindicalistas y yo mismo. Soy evidentemente el primero en reconocer las dificultades que presenta la «venta» política de se-

mejante programa político, pero creo que un día habrá que...

—¿Cuáles son las directrices del programa a que usted se refiere?

S. M.—El problema clave es el que representa la evolución demográfica en el mundo, particularmente en el Tercer Mundo. La disminución del índice de natalidad exige como condición previa el aumento del bienestar en los países más pobres, y en este sentido, el diálogo entre países ricos y pobres deberá establecerse sobre nuevas bases. ¿Qué es lo que se consigue en las grandes reuniones actuales tales como las de la UNCTAD? Nada concreto realmente. Sin embargo, la disminución del índice de natalidad es un problema que afecta también a los países occidentales.

«En principio habría que llegar por lo menos a la llamada familia de «sustitución», es decir, de dos hijos como máximo. ¿Cómo se puede conseguir eso? Poniendo a disposición de todo el mundo me-

dios anticonceptivos totalmente gratuitos, difundiendo ampliamente información al respecto, asegurando la propagación de la esterilización voluntaria, legalizando el aborto. Estas medidas podrán parecer drásticas, pero incluso admitiendo que la familia de «sustitución» llegará a imponerse en todos los países de aquí a treinta años, la población mundial pasaría a ser, en igual período de tiempo, de cerca de seis mil millones. Una cifra, como hemos visto, exagerada...

—Usted ha propuesto entre otras cosas suprimir los subsidios familiares. Esto ha indignado a mucha gente...

S. M.—Se trataba únicamente de una sugerencia... Varios políticos mejor informados que yo respecto a estos problemas técnicos me han explicado después que los subsidios familiares no tenían en realidad efectos prácticos sobre el aumento de la natalidad. En este caso, tal vez sea mejor aumentar el salario mínimo para todo el mundo, sea cual fuere el número de hijos e incluso si no los hubiera. Lo esencial es impedir la explosión demográfica. Pero nos equivocáramos si creyésemos poder resolver así el grave problema de la supervivencia en el planeta.

«Es también importante modificar de forma radical nuestras normas de producción y de consumo, lo que exige una desgarradora revisión de la mayor parte de las nociones económicas tradicionales. El PNB (producto nacional bruto), por ejemplo, no significa ya apenas nada, pues no tiene en cuenta una serie de elementos cada vez más importantes, tales como la escasez de materias primas, la cual no se refleja necesariamente en el coste; o como la contaminación del medio ambiente, la cual exige la instalación de una industria anticontaminación, cuyo coste debería deducirse normalmente del producto nacional bruto. De hecho, asimilar la elevación del nivel de vida a la del Producto Nacional Bruto equivale a burlarnos de nosotros mismos: la enseñanza, la salud pública, el turismo, el «hábitat», las zonas verdes, el oxígeno que respiramos, todo eso es por lo menos tan importante para nuestro bienestar como el crecimiento económico clásico. Por eso precisamente he propuesto la sustitución del concepto del producto nacional bruto por el de «utilidad nacional bruta», o, para utilizar un término más poético, «felicidad nacional bruta».

—Noción ésta de difícil definición...

S. M.—¡No lo crea! Significa pura y simplemente que hay que dejar de ser esclavos del crecimen-



**«Nuestra sociedad futura
no puede hacerse a la imagen
de la actual:
tiene que ser una sociedad
en la que haya menos autos,
casas más sencillas,
menos medios de transporte,
y en la que no existan ni «Jumbo-Jets»
ni otros aviones supersónicos».**

EL CAMINO DE LA FELICIDAD

to. Lo primero que hay que hacer es romper el absurdo ritmo del crecimiento económico automático, es preciso establecer un nuevo sistema económico, un sistema que no siga siendo fundándose en una idea tan peregrina como la del crecimiento máximo por habitante. Eso supone —entre otras cosas— un sistema de producción diferente. En primer lugar, una producción no contaminante (lo cual podría ser rigurosamente controlado mediante el establecimiento, por ejemplo, de certificaciones de producción «CR» (Clean and Recycling); los productos que no pudiesen incluirse dentro de esta categoría serían sometidos a impuestos mucho más onerosos). En segundo lugar se trataría de producir artículos de carácter menos efímero. Por ejemplo, los coches: se obligaría estrictamente a los constructores a fabricar automóviles más duraderos si estuviesen sometidos éstos a impuestos mucho más altos durante los cinco primeros años, es decir, si se disminuyesen los impuestos gradualmente o a un tiempo de posesión del coche, hasta que pasado cierto tiempo se suprimiesen totalmente. Claro, que habría que ejercer al mismo tiempo un estricto control sobre la seguridad y el mantenimiento del material. En una palabra, habría que llegar a establecer un orden económico equilibrado, habría que acabar con la anarquía dentro de la producción, frenar el consumo, administrar y utilizar razonablemente las materias primas, reducir al mínimo la contaminación y utilizar al máximo las técnicas de recuperación y de «reciclaje».

«Esto supone una auténtica revolución, incluso política: los Estados han de controlar las inversiones, es preciso organizar un mejor reparto de los ingresos, gravando la herencia con pesados impuestos e incluso llegando a suprimirla. Un nuevo sistema de imposición debe favorecer a los servicios públicos en detrimento de los individuales: los automóviles deberían revalorizarse para el tiempo libre; el trabajo habría que poder ir por tren o en autobús; y además gratúitamente.»

—¿Cree usted que esas restricciones al consumo, esa baja de la producción que habrán de repercutir ciertamente sobre el mercado del trabajo y sobre la noción misma de beneficios, podrán ser aceptadas por los patronos y obreros?»

S. M.—Sí, porque se dirá prioridad a otras cosas más importantes. En primer lugar, la supresión de los graves peligros que amenazan a nuestros hijos bien vale un gran sacrificio material. Y en segundo lugar, lo que perdamos en

el plano del crecimiento bruto lo ganaremos en bienestar, en tiempo libre, en felicidad. Si el aumento del producto nacional bruto deja de ser el principal objetivo, si el materialismo deja de ser nuestro único guía, ya no será preciso buscar una posición «social» elevada. Un hombre que ejerza un trabajo sencillo —o incluso que no trabaje— podrá ser totalmente respetable. Además, ¿por qué hemos de trabajar? ¿Por qué ha de ser obligatorio el trabajo? ¿Por qué no han de trabajar únicas y exclusivamente quienes así lo deseen?»

«Creáme, hay muchos valores tradicionales que revisar. Es preciso humanizar la vida, lo que podrá conseguirse tan pronto como dejemos de tener por meta el lucro, una meta que cada vez tiene menos sentido, que cada vez resulta más peligrosa. Lo esencial es permitir a todo el mundo sin excepción la plena realización personal, el pleno desarrollo de sus capacidades. ¿Cómo? Sencillomente, reduciéndonos más de la cultura, del tiempo libre. Subvencionando el teatro en lugar del desarrollo, abandonando las situaciones competitivas. ¿Por qué obligar a nuestros hijos a perseguir el éxito en la vida? ¿Por qué hacer de nuestros hijos unos desgraciados? Dejémoslos vivir, que llegen lo que les apetezca, aunque no se trate necesariamente de una actividad prestigiosa. La calidad de vida es algo que no necesita largas explicaciones; todo el mundo sabe lo que es. Prueba de ello es que uno huye cuando le falta. En Occidente, ante una tercera parte y la mitad de las consultas médicas tienen su origen no en trastornos de tipo corporal, sino psíquicos.»

—Pero, ¿cómo convencer a la gente de esta realidad?»

S. M.—No mediante el recurso a la autoridad. Es esencial convencer sin imponer. Tales restricciones, tales cambios, no pueden concebirse ni realizarse más que con el consenso general. Oponerse a éste equivaldría a un suicidio político. Sin embargo, hay ciertas condiciones indispensables que es preciso cumplir: un nivel de vida más bajo supone una mayor igualdad, la supresión de las diferencias entre ricos y pobres; si no, sería insoportable.

—Sin embargo, hay que poder convencer, tarea harto difícil: después de todo, mucha gente sigue aspirando a esa sociedad de consumo que usted condena. Los comunistas franceses, por su parte, le han acusado de buscar la supervivencia de un nuevo tipo de capitalismo.»

S. M.—La crítica de los comunistas franceses no fue más que un gesto electoral, demagógico; ni

siquiera habían leído los documentos a los que yo hacía referencia. Por otro lado, los políticos siempre van a la zaga de los acontecimientos, en lugar de precederlos. Esto es archivañado. Pero hablemos con los jóvenes, ya veréis cómo lográis convencerlos. Hace unas semanas me pasó todo un día discutiendo con un millar de jóvenes holandeses de extracción burguesa, y pude darme cuenta hasta qué punto todos ellos estaban sensibilizados respecto de este problema.

«Es verdad que los propios partidos políticos empiezan a tomar en serio todo esto. En Holanda, por ejemplo, los tres partidos de la izquierda van a presentar un programa electoral basado en la defensa del medio ambiente. Estos partidos representan por lo menos el treinta y cinco por ciento de los electores. Los partidos cristiano-demócratas (que representan el cuarenta y cinco por ciento de la población) han comenzado a discutir los mismos problemas. ¿Por qué? Porque la opinión pública los obliga a ello. Diré incluso más: hasta los propios motores de este aberrante desarrollo —las grandes sociedades multinacionales, que han hecho de Europa su zona de caza preferida, puesto que aquí consiguen escapar a todo tipo de control— incluso esas mismas sociedades comienzan ya a preguntarse a dónde van. No es puro star el hecho de que el Club de Roma, que acaba de hacer sonar la sirena de alarma, haya nacido de la iniciativa de los mayores empresarios europeos.»

—¿En quién confía usted, pues, para humanizar la sociedad? ¿En los jóvenes? ¿En las sociedades industriales? ¿En los partidos? ¿En los Gobiernos?»

S. M.—Yo lo sé, ya lo sé: un ministro belga lo ha declarado recientemente: «Manholt practica un especie de "pop economy" y mi querido amigo Spinelli dijo en Venecia que lo que yo quiero es una sociedad para los «hippies».

A lo que yo contesté: «Tal vez tengan razón los «hippies»... Tal vez se hayan dado cuenta de que las cosas no pueden seguir como hasta ahora... Ahora bien, sinceramente, no creo que la solución «hippie» sea la que nos hace falta: no hay que esquivar los problemas ni tratar de resolverlos en pequeñas comunidades autónomas. Es preciso aplicar las posibles soluciones a la totalidad del Globo. Pero tampoco creo en los Gobiernos: en los organismos internacionales: en mi opinión, los Estados Unidos están en franca decadencia, carecen de la fuerza política necesaria para guiar al mundo hacia la solución del gran problema que tiene planteado.»

Los organismos internacionales —en especial las Naciones Unidas— no tienen poder de decisión alguno, esto es algo que salta a la vista todos los días; ya se trate de la solución de conflictos o de la celebración de conferencias, como la de Santiago de Chile, en las que todos los participantes proponen resoluciones, sin que, empero, nadie haga nada. Ahora bien, el tiempo apremia. Por eso yo opino que la única fuerza capaz de intervenir es Europa. La Europa de los Diez va camino de convertirse en una auténtica fuerza política por el simple hecho de que todos podemos apostar las decisiones que tomemos.

«Dentro de cinco años tendremos un control democrático, con un Parlamento europeo directamente elegido, y no nuestro Parlamento actual. Entonces tendremos un peso real. Reflexión: mucho sobre todo esto antes de escribir mi carta a Mafatti, bajo los olivares de Cadená, durante las pasadas Navidades: Europa tiene una misión esencial que cumplir. Puede obligar incluso a los Estados Unidos y al Japón a seguir por el camino de una necesaria transformación.»

—¿No cree usted que la ampliación de la Comunidad puede antorpear el mecanismo de decisión común, con lo que tal objetivo sería más difícil de alcanzar?»

S. M.—Habrá un período de reposo que será de cuatro años, pasado el cual creo que Gran Bretaña y los países escandinavos desempeñarán, antes bien, una función asesoradora. Ya lo han demostrado, cuando hace poco más de un mes se celebró en Luxemburgo la primera reunión de ministros de los Diez, preguntamos que a quién tomas debería concederse prioridad en la cumbre de París del próximo octubre. Gran Bretaña, Noruega y Dinamarca contestaron que a los problemas del medio ambiente y de la calidad de vida.

—Una última pregunta: ¿qué diría usted a un muchacho o a una chica de veinte años si tuviera que aconsejarles sobre el modo de orientar sus vidas?»

S. M.—Las diría primero que no tuviesen demasiados hijos, dos como máximo. Que no viviesen con eremitismo, y menos aún como santos. Que aprendiesen a amar la vida, el teatro, el arte, la cultura. Que para preservar el futuro de la Humanidad no desfilieran los recursos naturales, pues un día escasearán peligrosamente. Los aconsejaría que no olvidasen las palabras del poeta T. S. Eliot: «Y así acaba el mundo; no por una brutal explosión, sino gimoteando dulcemente». ■ Declaraciones recogidas por JOSETTE ALIA.